

Débuts.

Pasó un mes.

Las dos hermanas salían por la mañana y entraban bastante tarde por la noche, á eso de las nueve en su habitación, que volvían á ver con delicia.

Allí al ménos, volvían á ser independientes.

La vida las era tan dura á la una como á la otra.

Juana volvía molida, con los piés hinchados, pegados á las medias por las ampollas que se la reventaban, excesivamente cansada por haber subido y bajado durante todo el día las escaleras; aquellas escaleras tan preciosas á la vista, pero altas como escaleras de campanario y malas para subirlas llevando paquetes y bajando hasta los subterráneos en el rudo aprendizaje de aquellos trabajos, á los cuales no estaba acostumbrada.

Por lo demás, no tenía tiempo de burrirse ni aun de pensar, en medio de aquella agitación de ardillas, en una rueda colosal de abejas en una colmena.

En casa de Plessis se resolvía ese insoluble problema; el movimiento continuo.

Muy animada por otra parte, Juana se prestaba á todas las exigencias del estado mayor que la mandaba.

Además, se ponía al corriente con extrema rapidez, adoptando las fórmulas comunes para la venta con las señoras, que venían por legiones á hacerse vestir en aquellos *Doks* de la *toilette*.

—¿Qué desea la señora?

—Quisiera ver...

—¿Ha pensado en la forma, la señora?

—Nada absolutamente.

—¿Y en el precio?

—Tampoco.

—Vamos á buscar...

—Quisiera una cosa barata.

Los clientes quieren siempre algo barato.

No se va á esos inmensos tentadores más que alentado por la baratura, las ocasiones increíbles, fabulosas, que despues de todo, os lo dan por vuestro dinero.

Esto es elemental.

Juana buscaba en la anaquelaría con inalterable paciencia aquel objeto raro.

Pero la mayor parte de las veces no lo encontraba.

De diez horas, ocho estaba ocupada en los sótanos, en pegar etiquetas para indicar el precio de la venta.

No la exhibían más que por la tarde una ó dos horas en el momento de la afluencia.

Era preciso presentarse y seguir la hilera.

Entonces oía cosas que la hacían ponerse colorada.

Su hermoso busto, su delicada frescura, su color de nieve, tuvieron el privilegio de hacer rabiar desde luego á una media docena de las antiguas dependientes.

Juana eclipsaba de tal modo á sus rivales en pretensiones, á aquellas que se preciaban de

brillar entre las otras, que parecían nebulosidades á su lado.

Las oficialas de la confeccion y de las modas del Tisserand, consumidas por las fatigas del día y por las frecuentes distracciones de la noche, abrasadas á fuego lento por aquella vida de mortales fatigas asesinadas por el polvo impalpable que se desliza por todas partes y se sostiene en suspension constante en el aire que respiraban, fueron presa desde el primer día, la mayoría de ellas, de un sentimiento de hostilidad secreta, de odiosos celos, contra aquella rival contra la cual la lucha, por su belleza, la fresca de su juventud y la de la salud sobre todo, que es uno de los atractivos más vivos de la mujer, era imposible.

La gracia, la dulzura de la pobre muchacha, hubieran debido desarmar la envidia, pero Juana demasiado orgullosa para humillarse ante aquellas de sus compañeras cuyo mal querer conocía, se mantenía alejada, herida á cada instante por los cuchicheos entre sus compañeras y los dichos que comprendía que se referían á ella.

—¡Presumida!

—¡Será preciso bajar los humos, ángel mio!

—¡Duquesas, no necesitamos aquí!

Juana fingía no comprender.

Pero experimentaba una sensación de inmensa alegría al oír el sonido de la campana, cuando llegada la hora, podía tomar la puerta y marchar como un estudiante al salir de la clase, á la calle Vizconti.

—¡Ha venido mi hermana?

El portero oía todas las noches esta pregunta.

Y aquella de las dos que llegaba primero, salía al encuentro de la otra, á menos que estuviera muy cansada, lo que casi siempre ocurría á Juana.

Colette sentía menos cansancio, pero más disgusto.

Toda la buena sociedad de Paris conoce la

casa de las hermanas Dufrane, situada en la Plaza de la Magdalena, y el balcon en el cual se lee en letras de oro, de pié y medio de altura, esta inscripcion: Angela y Marta. Vestidos y abrigos. Modas.

Al día siguiente de su visita al primero de aquellos talleres en boga, la mayor de las señoritas Aubin se presentó para comenzar su servicio y tuvo que sufrir un nuevo interrogatorio.

Pero esta vez fué con una de las dos respetables matronas con quien tuvo que vérselas.

Angela Dufrane, el ama de la casa, era una mujer soltera, gruesa, de unos cuarenta años, invadida por una obesidad deplorable, bajo la cual se apoltronaban formas, que habian obtenido un brillante éxito quince años ántes.

Los cabellos parecían empolvados, y lo estaban, como los de las marquesas de la época de Luis XV. El cutis de su cara, blanco y sonrosado, hacía resaltar el brillo de sus negros ojos que conservaban toda su vivacidad.

Los dedos estaban llenos de anillos con piedras multicolores.

Su vestido negro, maravilla de adorno en medio de su sencillez, elegante, gracias á un buen armazon, la daba cierta apariencia de juventud y de solidez.

¡Triunfo del arte!

Ella fué quien recibió á Colette, ella, la patrona en jefe, ó más bien, la única, la verdadera, porque Angela dominaba completamente á su hermana menor, Marta, una pequeña, delgada, de una actividad y una resistencia para el trabajo extraordinarias, que no se ocupaba más que de los talleres, y que por otra parte no habia pnesto en la sociedad la gruesa suma necesaria para los asuntos.

Angela era quien la habia ganado y su indisputable habilidad en la costura y en las modas, no habia sido lo que habia contribuido á ello.

¡No profundicemos!

Así era que todas sus decisiones no tenían apelacion.

La impresion que recibió al examinar á Colette fué aparentemente favorable.

Al cabo de medio minuto se quitó los lentes y preguntó:

—¿Estais recomendada por el Sr. Plessis?

—Sí, señora.

—El señor Plessis hace algunos negocios con nosotras. Aquí toma patrones, como hacen muchas de sus parroquianas y además tenemos con él otras relaciones.

Levantó la cabeza y preguntó á la primera oficiala:

—¿Sigue vistiéndose aquí la señorita Amada, creo?

—Sí, señora.

—Es una buena cliente. En fin, queda desde luego convenido que os quedais aquí; pero servís para poco al parecer. ¿Qué edad teneis?

—Veinte años.

—Buena estatura, buen aspecto... ¿No sabeis nada?

—Sé el inglés, un poco de alemán... de español...

—Eso os servirá... ciertamente. Aquí vienen muchos comisionistas de todos los paises. Esa es nuestra principal clientela. Es preciso tener con ellos las mayores consideraciones, ser lo más complaciente posible...

Colette se mordió los labios.

Era difícil saber lo que entendia la patrona por las mayores consideraciones, por ser lo más complaciente posible.

Y la patrona añadió:

—No estais enterada de eso. Es preciso ponerlos al corriente. Algunos dias de taller no os perjudicarán. Y despues os dedicaremos a la venta.

Consultó de nuevo con una mirada á la primera oficiala, que era una mujer alta, delgada y pálida, con cabellos negros, de cara muy in-

teligente y quien podria tener de treinta y ocho á cuarenta años.

—¿No os parece, Laura?—la preguntó.

La interrogada se inclinó y al mismo tiempo cambió con la patrona una mirada que queria decir:

—Desempeñará perfectamente su cometido.

—Lo que me admira—repuso Angela—es que el señor Plessis no os haya colocado en su casa.

—Ha colocado á mi hermana—dijo Colette.

—¡Ah! ¿y qué tal es vuestra hermana?

—Mi hermana—repuso Colette con franqueza—bastante guapa, os lo aseguro.

—¿Es rubia?

—Sí.

—¿Que edad tiene?

—Diez y ocho años.

—¿Y á qué seccion la ha destinado?

—A la de confecciones.

—¿Cuál es mejor formada de las dos?

—¡Oh! Juana, con seguridad—afirmó Colette riendo.

—Entonces debe ser muy guapa. Pero vos me pareceis de buen carácter y si teneis talento, como supongo, haremos de vos algo bueno.

La señorita Marta entró como un torbellino.

Su traje negro estaba salpicado de hilachos y de pedacitos de tela de todos colores, pegados á su alrededor.

—¡Qué sucia vienes!—la dijo su hermana.

La modista se encogió de hombros.

—¡Bah!—dijo con ese desdén propio de los artistas.

Y mirando á Colette preguntó:

—¿Quién es esta?

—Una aprendiz.

—¿A esa edad?

—La dedicaremos á la venta.

—Es lo mismo—dijo Marta con mucho desprecio.—Para eso siempre se sabe bastante.

—Pero no ella. Ella no conoce ni la primer palabra del oficio. Encárgate de ella y procura enseñarla pronto.

—Mala tarea. ¿De dónde viene?

Colette iba á contestar tal vez con demasiada acritud, pero la patrona la detuvo con un gesto.

—Se te explicará—dijo á su hermana. Ello es muy interesante. Haz lo que te mando. Esta joven puede sernos útil.

—Entonces venid—dijo la otra con tono brusco.

Marta condujo á Colette por una serie de salones con vidrieras de colores, de paredes colgadas de damasco de seda y antiguos tapices.

No eran más que las nueve.

Los salones estaban vacíos.

—A la tarde no podrá uno revolverse aquí, á Dios gracias—dijo la modista.

Al contrario de su indolente hermana, la señorita Marta era viva como una ardilla.

Ponia el pie en primer peldaño de una escalera que subía al segundo piso, cuando se volvió bruscamente.

Cogió por el brazo á Colette, la miró á los ojos y la dijo:

—¡Mucha necesidad teneis de ganar vuestra vida cuando venis aquí!

—Mi hermana y yo no tenemos nada—respondió Colette, conmovida por el interés que demostraba esta pregunta.

—¿De modo que os veis obligadas á trabajar para vivir las dos?

—Sí.

—¿No teneis medio de arreglaros de otro modo?

—No.

—Vamos—dijo la costurera—seguidme.

Y Colette la oyó que decía entre dientes, lo que ya tantas veces habia oído, y sobre todo con más frecuencia desde hacía poco tiempo.

—¡Pobres chicas!

Ahora trabajaba desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, en un vasto taller en donde unas cincuenta mujeres cortaban ó bordaban vestidos y abrigos, la mayoría del tiempo, de un precio excesivo.

La clientela de la casa se componía de artistas de fama y gentes de la alta sociedad.

Al lado de aquel gran taller existía otro menos importante para los sombreros, que no constituían más que un accesorio de la casa.

El trabajo no arredraba á la hija del pescador.

Por el contrario, Colette encontraba en él una distracción á sus inquietudes y á sus recuerdos.

Lo que la repugnaba era ir á medio día con sus compañeras á almorzar á los restaurants, ó más bien á las cantinas, á donde todos los muchachos, toda esa juventud, toda esa alegría de París, hacen sus escasas comidas, tan pesadas para sus bolsillos, y con las que viven como gorriones á quienes se echan migas de pan.

Aquello le parecía duro al recordar la mesa de Montiers con su porcelana de Sevres y los silenciosos criados, en el gran comedor lleno de magníficos aparadores cargados de vajilla de plata y de una multitud de objetos preciosos.

¡Qué decadencia!

Colette la aceptaba, sin embargo, con valor y aun con alegría, indiferente en apariencia, buena para sus compañeras, procurando hacerse á sus costumbres, á su lenguaje, libre como el de los muchachos de los arrabales, no incomodándose por nada y estando siempre dispuesta á hacer esos favores que granjean las simpatías y demuestran un corazón cariñoso.

Así es que la querían, y á los ocho días de su llegada habia adquirido una especie de popularidad entre todas aquellas gentes. Hasta la misma Marta sentía por ella cierto cariño.

Marta, con su triste figura, su ardiente delgadez y su febril vivacidad, era una muchacha de mérito en su género, llena de imaginación y de gusto.

Inventar una de esas *toilettes* acabadas, que llevan la fama de las parisienses á los cuatro

rincones del mundo, no es ya tan fácil, y pocas gentes saben hacerlo.

Pero la señorita Marta no es la verdadera ama de la casa.

La autoridad, la grande, la sola, es la otra; la gruesa, la maciza matrona del almacén, la señorita Angela, aquella de las dos hermanas que trata con el público y recibe á la clientela.

Ahora bien, esta tenía sus propósitos respecto á Colette.

Al cabo de tres semanas la hizo llamar.

—Creo que habeis tomado el aire de la casa, —la dijo.

—Casi, casi, señora.

—Al ménos sabeis como se anotan las medidas... y el nombre de las cosas...

—Si, señora.

—Vais á abandonar el taller. Era preciso pasar por él, pero no ha sido hecho para vos. Ireis á la venta y tendreis la comida. ¿Os conviene?

—Sin duda, señora.

La primera oficiala presenciaba la conversacion.

—La señorita Laura os dará sus instrucciones, procurad comprenderlas.

Aquella noche, al entrar en su casa, Colette estaba radiante.

—¿Sabes, Juana? Asciendo... Me han destinado á la venta.

Las dos hermanas se abrazaron tiernamente.

—¿Estás contenta?—dijo Juana.

—Tanto como puedo estarlo; ¿y tú?

—Yo también.

Juana no decia la verdad.

Graves inquietudes le atormentaban.

A su alrededor se manifestaban síntomas bastante amenazadores y preveia otro tanto al de su hermana.

En la calle Vizconti, al menos, estaban tranquilas.

Aquella pobre habitacion les parecia un edén.

Casi todas las noches encontraban sobre su chimenea un ramo de flores lozanas.

El viejo jardinero lo depositaba en la habitacion de sus privilegiadas al ir á hacer su ronda.

El jardin tomaba también otro aspecto. Era á mediados de mayo.

Los lilos estaban completamente floridos, y su perfume embalsamaba todo aquel recinto.

Y las ventanas de enfrente seguian cerradas.

—Tu enamorado ha muerto—dijo Colette á Juana.

—No—replicó la rubia, sonriendo con afectada indiferencia,—pero me ha olvidado.

Ni había muerto ni la había olvidado.

Aquella noche debía aparecer, y no solo, sino con una numerosa y alegre compañía.

A las nueve se abrieron las persianas con ruido y se dibujaron en la ventana varias barbudas siluetas, perceptibles por la luz que había en la habitacion.

El vecino debía tener encendidas lo menos dos bujias.

Las siluetas que se oprimian en una ventana eran en número de tres.

En el interior de la habitacion había otras dos.

Los negros ojos de Colette y los azules de Juana, fueron bastante penetrantes para reconocer el perfil de una cabeza morena, y les pareció que se inclinaba saludándolas.

—¿No le devuelves el saludo?—dijo Colette muy inquieta.

Juana suspiró.

¿Devolverle el saludo? ¿Para qué? ¿No estaban condenadas á permanecer solteras por su pobreza? ¿Es que la belleza sirve para nada, ó que el talento ni la virtud, pesan en la balanza para la eleccion de una mujer? ¿No es el triunfo siempre, hoy más que nunca, del dote sobre el corazón?

En pocos dias había adquirido Juana tanta experiencia como otros en diez años.

Pensaba que necesitan más valor y más fuerza para atender á sus necesidades con la ayu-

da de su ingrato trabajo, las jóvenes que no tienen otra cosa, que lo que suponen los felices de este mundo.

Se reconcentraba en sí misma y su secreta tristeza, su pesadumbre de hija perdida, se aumentaba con toda clase de temores, de disgustos y de miserias, que creía á punto de caer sobre Colette y sobre ella.

Aquello no era todavía más que una duda, pero aquella duda tomaba cuerpo y se introducía por grados en su imaginación.

Después de haberla tratado con una especie de indiferencia, y casi con brutalidad intencional, como para mostrar bien su autoridad, Servoz, el jefe de la sección de confecciones, su inmediato superior, juzgándola bastante aclimatada, enterada de las costumbres y con el espíritu bastante elástico ya, para oír las conversaciones, las anécdotas contadas en la mesa, en el vasto refectorio del quinto piso; animado, tal vez, por esos deseos, desde luego muy excusables que germinan en las cabezas de los empleados, de tirar al diablo por la cola y salir de su categoría, Servoz, estimando su educación hecha, principiaba á estrechar su vuelo alrededor de ella como un ave de rapina que se cierne sobre un bando de alondras.

De cuando en cuando aparecía también detrás de los pilares que sostenían las bóvedas de aquel templo de la frivolidad, la fina cabeza del señor Plessis.

Permanecía allí largos ratos en observación, para lo cual tenía perfecto derecho.

¿No era el dueño, el propietario de aquel dominio y no podía circular por él como quisiera?

Juana, sin que lo pareciera, había notado miradas amenazadoras, muy dulces por parte del patron, muy irritadas por parte de la señorita Amada que vigilaba su posesión amenazada.

Hasta Venotte, que en sus rondas de vigilancia se detenía al lado de ella, la deslizaba palabras equívocas y dejaba ver en sus ojos esas

llamas que indican el deseo y acerca de las cuales la más inocente ingenuidad no puede equivocarse.

Se hubiera creído que iba á reclamarla el pago de los favores que la había prestado.

¿Qué idea se formaba él de su carácter para creer que se rendiría tan fácilmente?

Pero no era ni á Venotte ni al patron, ni aun á la celosa señorita Amada, á quien la pobre joven temía más.

Podía defenderse de ellos.

Al menos así lo pensaba.

Venotte no la decía, en resumen, nada que no pudiera oír. Y en cuanto al patron, jamás la dirigía una palabra mal sonante y pasaba por estar muy poseído de su autoridad y de sus millores.

Apenas si la había dicho una ó dos veces:

—¡Qué! ¿principiais ya á acostumbraros al oficio?

—Sí, señor; muchas gracias,—le respondía Juana.

Esto no tenía nada de particular.

Es verdad que los ojos expresaban más que las palabras; pero el señor Plessis no carecía, por otra parte, de cortesanas que estaban bajo su dominio, y no tenía más que hacer una señal para verlas caer de rodillas, por el interés de los favores que de esto pudieran recoger.

¿Por qué se había de ocupar de ella con preferencia?

Quien la hacía temblar era Servoz.

Servoz había llegado á ser su pesadilla.

Cuando la veía sola en un rincón se tomaba libertades que la molestaban, no por las libertades en sí mismas, sino por lo que éstas presagiaban para el porvenir.

La dirigía palabras demasiado vivas, y sus oscuras miradas, más atrevidas aún que sus gestos, la hacían temblar.

Y sentía vagamente, que la poca tranquilidad de que gozaba aún, no duraría mucho tiempo.

¡Qué vida más triste!

¡Y sin tener siquiera un amigo á quien confiarse!

Sin querer pensaba en aquel vecino á quien la casualidad habia puesto dos ó tres veces ya en su camino.

Cada vez que la encontraba, la dirigía éste tambien una ardiente mirada, y, sin embargo, aquellas miradas no la molestaban y la hacian, por el contrario, experimentar una sensacion de bienestar.

En aquellas miradas habia piedad, respeto y esa llama que ella veia en los ojos de Servoz, pero más suave y velada.

¿Por qué no la herian como las otras?

¿Qué afinidad de sentimientos, de delicadeza, aproximaba á aquellos dos seres que no se conocian?

Las dos hermanas miraban desde su balcon al jardin del abuelo Gombault.

Aquella noche, el buen hombre, con un escardillo en la mano, limpiaba las cestas de flores de que el césped, raso como el terciopelo, estaba adornado.

Levantó la cabeza, y mirando hácia la ventana de las dos hermanas:

—¡Eh! ¡esto está fresco y cuidado!—dijo.—No hay en París muchos sitios en donde se pueda tomar tan bien el fresco.

—Es verdad, abuelo Gombault.

—¿Y vuestros asuntos marchan bien?

—No van mal.

—¡Vamos! ¡bueno, bueno!

En aquel momento, el metálico sonido de un mal clavicordio sonó en el silencio de la noche, del otro lado de la pared, llegando distintamente á aquella especie de oasis, en el cual los ruidos de la calle apenas se oian.

—¡Chis! ¡chis!...—dijo el jardinero.

—¿Qué?

—Bajad.

Juana y Colette bajaron, saltando de cuatro en cuatro las escaleras de piedra, y llegaron al jardin.

—¿Qué hay?—preguntó Colette.

—El vecino de enfrente está en su casa—dijo el jardinero.

—Bien, ¿y qué?...

—Escuchad, va á cantar.

—¿Qué nos importa á nosotras eso?—dijo Juana algo colorada.

—Tiene una hermosa voz. Un músico de la Opera Cómica, un trombon, que vive aquí al lado, en un cuarto piso, cerca del señor Venotte, dice que si ese mozo quisiera, ganaria mucho dinero con su garganta.

—¿De veras?

—Sí; eso produce mucho, á lo que parece.

—Así dicen.

—¿No teneis buena voz vosotras?

—No,—dijo Colette.

—Es lástima. Ganaríais más que midiendo varas de tela en una tienda.

Y el abuelo Gombault, indicándolas una alturita, á la cual se subia por un paseo en espiral, á cuyos dos lados habia multitud de higueras, las dijo:

—Colocaos allí, estareis en los primeros palcos.

En efecto, se restableció el silencio en la habitacion del interno y despues de algunas carcajadas, provocadas por una explicacion, que el músico daba sin duda á sus compañeros, entonó una cancion amorosa cuya heroina tenia todas las señas de Juana Barfleur y cuyo autor declaró ser Andrés de Fresnaye.

—¡Bravo!—gritó el coro.

—Eso es ser idiota,—protestó un oyente quisquilloso.

—Balandrier no está nunca contento—dijeron algunos á una voz.

—¡Abajo Balandrier!—exclamó la mayoría.

—¡Y viva Andrés de Fresnaye!

—Señores—dijo uno,—esos son versos de enamorados! ¿Estás enamorado, Fresnaye?

—Sí.

—¡Cuéntanos la historia! Debe ser interesantísima.

—No le deis vueltas, no os diré de quién lo estoy. ¡Ni por un imperio os la nombraría!

—Confieso, pues,—dijo Balandrier—que esa falta de confianza es injuriosa para nosotros.

—¿Quién es la bella?

—¿Una enferma de Cochin?

—¿Una histérica?

—¿Alguna epiléptica?

—¿Es una clorótica? ¿Una anémica?

—Señores,—afirmó un estudiante,—sois cargantes en verdad! ¡Profanais los sentimientos más nobles! ¡Os reis de las creencias más puras y más elevadas! ¡Aunque la persona á quien se ame se encuentre en el hospital, desfigurada por las más odiosas enfermedades, es siempre para uno la más adorable y la más perfecta de las criaturas! Nuestro amigo es libre. Vosotros no teneis cuentas que pedirle. Yo no oculto mis opiniones. Estoy por la independenciam de los individuos y la libertad de los pueblos.

—Eso es absurdo, pero elocuente,—declaró el coro.

Juana, con el corazon palpitante, no hacia un movimiento.

En pié en la altura, con las manos apoyadas sobre la pared, presenciaba aquella broma de estudiantes, inmóvil por la curiosidad.

Veia á través de la oscuridad el rostro de Andrés vuelto hácia su habitacion, en donde su mirada parecia buscarla obstinadamente.

Comprendia que ella tenia alguna parte en la inspiracion de aquellas canciones y que lo que el autor habia querido celebrar eran sus ojos azules, color de cielo y sus cabellos color de oro pálido.

Las palabras de la cancion habian llegado distintamente hasta ella, como si el autor lo hubiese preparado todo para que fuesen oidas y comprendidas por ella.

Colette se apoyó en el hombro de su hermana y la preguntó:

—¿Has oido?

—Sí.

—Es para tí esa declaracion.

—No me aburras.

—Cuando yo te lo digo...

—Vámonos.

—Nos verán. Esperemos.

Siguieron ocultas en su escondrijo.

El abuelo Gombault se acercó á ellas.

—Tiene una hermosa voz ese joven—las dijo. No os engañaba yo.

—¿Vienes, Fresnaye?—preguntó uno de los compañeros del interno.

—¿A dónde, á Cochin?

—Sí.

—No estoy de guardia. Mañana.

Y añadió mirando al balcon de sus vecinas:

—Soy muy feliz en pasar una noche en mi casa.

—¿Entonces te quedas?

—Sí. Y os agradecería...

—¿Que nos marchásemos?—preguntó un compañero quisquilloso.

—Como lo dices, Balandier. En efecto. Tengo que escribir.

—¡Qué atenciones!—murmuró Balandrier.—

¡A poco más, nos echas casi á empujones de tu casa.

—Lo mejor que puedes hacer,—observó otro,—es darnos como despedida un licor cualquiera.

—Tendria mucho gusto en ello, pero mi bolsa está vacía. No me queda más que un franco, y en cuanto á liquidos, no poseo más que un frasco de éter. ¿Lo quereis?

Aquella oferta dispersó la reunion.

Juana y Colette aprovecharon el momento en que su vecino expulsaba á sus huéspedes, para atravesar el jardin y volver á su habitacion.

Esta estaba bastante adornada desde hacia poco.

Habian aumentado su mobiliario con dos jarrones de China de poco valor, en los cuales el abuelo Gombault, tenia cuidado de renovar las

flores que él cultivaba en abundancia en una estufa.

Además, a pesar del cansancio que las agobiaba, habían tenido tiempo de cortar y coser las cortinas de cretona.

Su interior estaba, pues, lujoso; lujoso, entendámonos, como el de los pobres en donde la mano de una mujer de gusto se hace sentir, como las habitaciones de esas obreras que viven al día y cuya indiferente juventud se acomoda a todo.

¿No eran ellas mismas el verdadero lujo de la vida?

Pero su bolsa bajaba.

Lentamente, pero bajaba.

Colette se regocijaba a la idea de estar libre de la obligación de comer en aquella especie de cantinas a donde hasta entonces había ido con sus compañeras.

Experimentaba la satisfacción del soldado que asciende a cabo y de cabo a sargento.

—Al menos,—decía a Juana,—mi pan no nos costará nada.

Juana había corrido las cortinas, pero por los intersticios, mientras se desnudaba, miraba a la oscura ventana del vecino, quien había apagado la luz, y distinguía en ella a favor de un rayo de luna que se desprendía de las blancas nubes, la inmóvil silueta del interno con la cabeza apoyada en una de sus manos y mirando al rayo de luz que salía de la habitación de sus vecinas.

Juana apagó la bujía.

Entonces Andrés, creyendo que la rubia de ojos de color de cielo se lanzaba en brazos de Morfeo, encendió su quinqué, lo colocó cerca de la ventana sobre una mesa y se puso a escribir.

Juana le vió absorto en sus pensamientos y que los trazaba despues sobre el papel.

Sin duda no estaba satisfecho, porque varias veces rompió las hojas con visible despecho y las arrojó a la cesta.

Juana salió de su contemplacion por la voz de su hermana, que la decia:

—¿Vienes?

Se acostó.

Colette la cogió una de las manos, que tenía estendidas sobre la colcha.

—Abrasas,—la dijo.

Y añadió en voz baja:

—¿Le amarás?

Juana hizo un movimiento de impaciencia y replicó:

—¿Le conozco siquiera? ¿Y tenemos nosotras derecho a amar a nadie?... ¡Haz lo que yol..... ¡Duerme!

Pero en lugar de dormir, como decia, volvió a ver en sueños los cabellos negros, brillando a la luz de la lámpara, el color mate del interno y el relámpago de sus ojos aterciopelados, el primero que ella había recibido en el corazón y que no había salido de él.